

Son un pueblo, pero carecen de los puntales de un pueblo. Son un fantasma incorpóreo... Hoy preguntamos: «¿Qué son los polacos? ¿Qué son los franceses? ¿Qué son los suizos?» Cuando preguntamos eso, todo el mundo señala un país, unas determinadas instituciones, unas instituciones parlamentarias, y el hombre de la calle sabe exactamente lo que es. Tiene un pasaporte. Si uno pregunta qué es un judío... Digamos que es un individuo que tiene que ofrecer una larga explicación sobre su existencia, y cualquiera que tenga que dar explicaciones sobre lo que es, siempre es sospechoso...

Testimonio de Chaim Weizmann ante el
Comité Especial de Naciones Unidas sobre Palestina,
8 de julio de 1947

Cuando echo la vista atrás, me veo a los veinte años. Estaba en una edad en que todo parecía posible, al inicio de una época en que todo era en efecto posible. Me hallaba en la cubierta de un barco, soñando; navegábamos por el Mediterráneo, de un extremo al otro, pasando frente a Creta y Chipre, hacia donde comienza Oriente. *Mare Nostrum*. Nuestro mar. Pero yo no iba en busca de la antigüedad. Buscaba un lugar sin artificio o sentimentalismo, donde la vida estaba despojada de todo lo superfluo, donde las cosas eran fundamentales y serias y, ante todo, modernas.

Ésta es mi historia. A poco que uno «hurgue» en un judío, obtiene una historia. Si le disgusta lo alambicado y picaresco lleno de insólitos eventos y tortuosas explicaciones, evite a los judíos. Si le gustan las cosas claras, escuche a otro tipo de persona. Quizá consiga incluso meter baza. ¿Cómo empezamos una frase?

«Escucha...»

Un marinero señaló un barco pequeño en el horizonte, cuyo papel como barco supuestamente había concluido, que había llegado al fin de su vida, pero había caído en manos de quienes deseaban que realizara una última travesía.

—¿Sabe qué es? —me preguntó.

Yo lo sabía pero no se lo dije.

—No podrán desembarcar —dijo el marinero—. Las autoridades los capturarán.

—¿Simpatiza con esa gente?

—Sí, ¿quién no iba a simpatizar con ellos? Pero no pue-

den ir adonde se les antoje. Es imposible. Tendrán que buscar otro lugar.

—¿Dónde?

—Ni idea. En todo caso, no es problema nuestro.

—¿De modo que no cree que el Estado sionista es inevitable?

—Ya se las arreglarán de una forma u otra. Siempre lo han hecho.

Esta vez es distinto, pensé, pero mantuve la boca cerrada. Al igual que esas personas en el horizonte, estaba decidida a regresar a casa, aunque en mi caso no era por necesidad sino por convicción.

Entonces divisé la costa de Palestina. El puerto de Haifa asumió su forma, las laderas del Monte Carmelo, cubiertas de cipreses, olivos y pinos, ascendían desde el puerto. En aquel entonces yo no sabía que fueran cipreses, olivos y pinos. No reconocí nada. No tenía ni la más remota idea de lo que estaba contemplando. Provenía de una ciudad donde unos árboles anónimos crecían en el pavimento asfaltado, ignorados, desconocidos. Podía identificar los dientes de león, las margaritas y las rosas de una floristería, pero nada más, hasta ahí llegaban mis incursiones en el reino del mundo natural. ¿Qué clase de muchacha inglesa mira un árbol y no sabe a qué tipo pertenece, por su corteza o sus hojas? ¿Cómo podía yo ser inglesa, al margen de lo que estuviera escrito en mis documentos?

En la cubierta, junto a mí, unos pasajeros se santiguaron y murmuraron: «Tierra Santa». Yo hice como ellos, pero cada uno de nosotros veía algo totalmente distinto.

Sé que en aquellos días la gente me consideraba muchas cosas: una descarada embustera, un enigma, o una especie de «persona desplazada» como las de los campos de concentración. Pero yo me sentía como una crisálida, no un bicho ni

una mariposa, sino algo intermedio, cerrado, hermético, en cuyo interior se estaba produciendo una gran transformación al tiempo que el mundo —en esa extraña época poco después de terminar la guerra— se metamorfoseaba en otra cosa, que no era ni la guerra ni un retorno a lo que había sido antes.

Corría el mes de abril de 1946. El Mediterráneo estaba atestado de tráfico. La victoria pendía en el aire como un velo, ocultando hacia dónde nos dirigíamos. Cincuenta años más tarde, al mirar atrás, es muy fácil comprender lo que estaba ocurriendo, pero en aquel entonces uno formaba parte de ello. La historia no era un parque temático. Era donde uno vivía. Te gustara o no, las circunstancias te afectaban.

Ignorábamos que se avecinaba un invierno gélido, el más frío de cuantos recordaba la gente, en los últimos meses de 1946 y el nuevo año de 1947. Estados Unidos se congelaría. El norte de Europa se helaría. En los noticiarios Pathé veíamos a mujeres hurgando entre la basura en busca de carbón en las calles del East End londinense. Yo había visto en las páginas de la revista *Life* lo que quedaba de Berlín: una combinación de grandiosidad y devastación, fragmentos de lo que parecía una civilización vieja y extinguida, los escombros que quedan en la degradación de la derrota. Había visto a gente que vendía las migajas de lo que antes formaba parte de una vida civilizada. Una mujer famélica que ofrecía un zapato rojo de tacón alto, desaparejado. Un hombre que trataba de cambiar una campanilla por un pedazo de pan. Un chico que ofrecía a un soldado del Ejército Rojo la muñeca de su hermana.

El gélido invierno se extendería por todo el hemisferio septentrional. El frío que los mataría en Alemania nos mataría a todos por doquier. Pero faltaban varios meses para el invierno, y yo estaba en cubierta gozando del cálido tiempo

primaveral, sujeta a la barandilla pintada de verde del barco, observando cómo la costa de Palestina adquiriría forma en la fragante atmósfera matutina y asumía una silueta y una dimensión definidas.

En cierta ocasión había leído en el Libro de las Lamentaciones estas palabras: *Nuestro legado es cedido a extraños, nuestras casas a extranjeros. Nuestra piel era negra como un horno debido a la terrible hambruna. Los caminos de Sión están desolados, porque nadie acude a la fiesta solemne; todas sus puertas están desiertas; sus sacerdotes suspiran, sus vírgenes están consuetudadas, y Sión experimenta una profunda amargura.*

Pero todo eso iba a cambiar. Íbamos a forzar una alteración en nuestro futuro. Expulsaríamos a los extranjeros, enterraríamos a los muertos ennegrecidos, destruiríamos los puestos de inmigración y olvidaríamos nuestra amargura. Ya no habría más libros de lamentaciones. Nada de eso volvería a ocurrirnos. Ahora teníamos armas, ejércitos clandestinos, guerrilleros, granadas de mano, bombas de metralla, amplios conocimientos de la dinamita y el TNT. Teníamos espías en las filas enemigas y sabíamos lo que teníamos que hacer con los colaboracionistas.

Yo era hija de la nueva Sión y sentí la sacudida del barco cuando la pasarela cayó estrepitosamente sobre el muelle. Me puse el sombrero y los guantes blancos y, tras componer la expresión de mi rostro, esperé a desembarcar al comienzo del declive y caída del Imperio Británico.

¿Quién era Evelyn? ¿Quién había viajado en tren a través de Francia y había tomado un barco en Marsella?

Tan sólo un proyecto, ni siquiera eso; el bosquejo de una persona. Yo tenía veinte años, ¿y qué sabe una joven a esa edad?

Escuche, para empezar nunca conocí a mi padre, de modo que un cincuenta por ciento de mí estaba en blanco. Mi madre me había dicho que era de Estados Unidos, de San Francisco. Tenía una fotografía de ambos en Trafalgar Square en 1923, tomada por un fotógrafo callejero. No alcanzo a ver la cara de mi padre porque el ala de su sombrero arroja sobre ella una sombra. Se llamaba Arthur Bergson y había vuelto a su país prometiendo regresar al cabo de cuatro meses para casarse con mi madre. Ésta no había vuelto a verlo, y supongo que mi padre nunca supo que tenía una hija en alguna parte del mundo.

Mi madre se había criado en Whitechapel, en el East End londinense. Sus padres eran de Letonia, en la costa del Báltico, y no hablaban ni una palabra de inglés. Era la menor de siete hermanos, una niña díscola y desobediente, la única de todos sus hermanos y hermanas que había nacido en Inglaterra.

Yo me sentaba en su regazo a la hora de acostarme, y mi madre me hablaba de su infancia, mientras sus ojos castaños veían cosas que yo no había visto jamás, lo cual no me parecía justo porque sólo nos teníamos a nosotras y cada una lo representaba todo para la otra.

—Vivíamos en una casa grande y sucia —me contaba mi

madre—, o al menos a mí me parecía grande, y todos dormíamos en camas con edredones de plumas, y mis padres se pasaban toda la noche jugando a las cartas, conversando en yiddish sobre el viejo país y la población de la que provenían, y de un hombre que los había estafado en la venta de una vaca, o de un maestro de *cheder** que había propinado una azotaina a mi padre, o del viento que soplabla a través de sus viviendas de madera.

—En un extremo del patio había un barril de arenques, Evelyn, y pollos en el pequeño gallinero de madera, y los viernes por la mañana mi madre salía en zapatillas, cogía una gallina y le retorció el pescuezo con sus manos grandes y enrojecidas, mientras yo permanecía dentro de la casa tapándome los oídos con las manos porque no soportaba oír los chillidos de las otras gallinas. Mi hermano Hymie se reía de mí y correteaba alrededor de la habitación imitando a una gallina. Hymie era un chico insoportable, rencoroso, pero regresó de la guerra con una herida en la cabeza que no cicatrizó, y al cabo de un tiempo murió a causa de la gripe, al igual que mi hermana Gittel. Gittel tenía dieciséis años, estaba postrada en la cama, y al quinto día sus pulmones se llenaron de sangre. Mi madre volvía del gallinero, le cortó la cabeza al ave con un cuchillo de carnicero y toda la cocinaapestó a sangre oscura. Era espantoso, Evelyn. Todo me parecía espantoso. Todo.

»El retrete estaba también en un extremo del patio, y en invierno el agua de la taza se helaba. Utilizábamos los periódicos en yiddish, cortados en pedazos, para limpiarnos, y mientras me hallaba sentada ahí en la oscuridad, oyendo a las gallinas que arañaban la madera, soñaba con otra vida, una

* Escuela primaria tradicional donde se enseñan los rudimentos del judaísmo y la lengua hebrea. (*N. de la T.*)

vida bonita donde todo oliera bien y no hubiera nada desagradable.

Yo estaba sentada en su regazo, con el pelo enroscado en cucuruchos de papel, y mi madre desenrolló uno para comprobar si se había formado un tirabuzón.

—Los peniques, chelines y monedas de seis peniques los llamaban kopeks, lo cual me enojaba. Vivían en Londres, pero se comportaban como si nunca hubieran salido de Letonia. Despotricaban contra el zar, y se pusieron a bailar en el patio cuando se enteraron de que había sido asesinado... y todos sus hijos con él.

»Cuando cumplí catorce años me enviaron a Cable Street para trabajar en una fábrica donde confeccionaban cintas, pero yo no quería ir. Eché a andar por nuestra calle, y cuando llegué al final, tomé un tranvía al West End y entré en un cine donde ponían una película con Mary Pickford; a partir de entonces traté de parecerme a ella y quería que las otras chicas me llamaran Mary. ¡Mary! ¡Dios santo, qué nombre para una joven judía!

»Cuando llegué a casa, mi padre me dio una paliza y al día siguiente me obligó a volver a la fábrica de cintas, pero no pudo impedir que siguiera yendo al cine. Conocí a tu padre un día en Edgware Road, cuando yo tenía diecisiete años, y al oír su acento norteamericano accedí sin vacilar a tomar una taza de té con él, y más al averiguar que provenía de California, el hogar de las estrellas de cine. En aquel entonces yo creía que Inglaterra sólo era un punto intermedio, a mitad de camino hacia el Nuevo Mundo, y que con Arthur llevaría a cabo el viaje que mis padres habían iniciado pero no habían completado debido a la estupidez de mi padre, porque no entendía lo que estaba escrito en el billete y había adquirido un pasaje para todos para venir a Inglaterra en lugar de ir a Estados Unidos.

Ésta era la historia de mi madre y de la vida que había vivido sin mí. Escuchaba esos relatos hasta que dejaban de tener el más mínimo interés. Luego mi madre saltaba a la época de mi nacimiento en una casa de acogida para mujeres descarriadas pertenecientes a la fe judía. No les gusta recordar que existían esas instituciones, pero así era; suministraban el contenido de las cunas del orfanato de Norwood. Mi madre me dijo que contaban con el apoyo de numerosos y acaudalados benefactores, algunos de los cuales se tomaban un gran interés personal en el futuro bienestar de las chicas que pasaban por él, y uno de ellos se fijó en mi madre y le montó una peluquería en Regent Street por la época en que el pelo corto y el ondulado Marcel hacían furor. Se llamaba Joe Hertz. Para mí era el tío Joe. En el registro mi madre constaba como Miriam Chernosvky, pero dejó atrás su pasado y se convirtió en Marguerite. Eligió para ella y para mí el apellido Sert, porque, según dijo, era corto y no parecía proceder de ningún lugar determinado.

—Háblame de mi padre —le rogaba yo. Pero mi madre se limitaba a decir:

—Era un hombre guapo. Lucía el sombrero con el ala doblada hacia abajo, que le ocultaba el rostro, y fumaba cigarrillos con filtro de corcho.

No había nada más. Yo tenía un padre judío con la historia más breve del mundo.

En cambio, el tío Joe tenía una biografía impresionante. Había llegado de joven de Varsovia, y su familia acudía en invierno a unos balnearios austríacos para someterse a curas termales, y su padre había viajado por todo el continente debido a su negocio, que era la joyería. El tío Joe aún sentía en la boca el regusto del chocolate que su padre le traía de París, y de los quesos envueltos en gasa que traía de Amberes. Recordaba que le hablaba de los años de fin de siglo, cuando

viajaba a través de Rusia para entregar unos zafiros en Riga. De la selva infinita y su seca y fragante quietud, del sonido de la nieve reseca bajo las ruedas del carruaje, de haber llegado a una población, una pequeña metrópoli poblada por tratantes en madera y obreros de un aserradero, unos hombres toscos que lucían largas barbas, con sus *tzitzes** asomando por debajo de sus chalecos, con las mangas de la camisa arremangadas mientras manipulaban tablas de abedul, blasfemando y gritándose unos a otros en yiddish; sus palabras se congelaban en la gélida atmósfera y luego se disolvían en blancas nubecillas de vapor. ¿Dónde estaban ahora? Habían seguido la suerte de sus palabras y se habían convertido en vaho.

No tardé en averiguar que el mundo entero no se reducía a Inglaterra. Averigüé que yo pertenecía en parte a otro país, incluso a otro continente, donde la gente hacía las cosas de otra forma, y que lo que yo creía que era real no era inevitable ni incapaz de transformarse en otra cosa, al igual que la Rusia de la época del zar no era la misma Rusia que ahora.

Mi madre había dedicado su vida a ser la amante de un hombre, y había aprendido las artes de una pequeña cortesana: cómo vestirse y maquillarse y qué perfume utilizar. Yo la observaba por las mañanas sentada ante el espejo, con el pelo enroscado en unos bigudíes, limpiándose la cara con crema o depilándose las cejas con unas finas pinzas hasta convertirlas en unos paréntesis negros de sorpresa, empolvándose luego el espacio pelado sobre sus párpados donde se había arrancado los pelos. Era consciente de los atractivos eróticos de su cuerpo y sabía cómo atraer a su hombre con

* Borlas de las prendas interiores que lucían los judíos ortodoxos. (*N. de la T.*)

ellos. Cultivaba una femineidad exquisita, sabiendo con exactitud cómo seducir con sombreros y trozos de velos y un lunar que se pintaba. Mi madre conocía el misterioso poder del encanto femenino, y yo me sentía a un tiempo fascinada y escandalizada por las artes secretas que practicaba.

Mi madre y yo compartíamos todos nuestros secretos. Éramos inseparables. Íbamos al cine y al ABC a tomar el té acompañado por bollos tostados. Una vez al año tomábamos el tren a Brighton y pasábamos una semana alojadas en un hotelito, gozando de los espectáculos musicales que montaban en el extremo del muelle. A las dos nos encantaba Max Miller.

—Es muy obsceno —decía mi madre—. Pero imposible no reírte.

El tío Joe tenía varios negocios, entre ellos una tienda de puros en Jermyn Street, y una esposa legítima en una casa en Hampstead Garden Suburb. Nosotras éramos su segunda familia, y vivíamos en un piso distribuido en tres plantas, cada una de las cuales constaba de dos habitaciones pequeñas, sobre una tienda de ultramarinos en el Soho. Pasé mi infancia y juventud con los italianos y los belgas y el hombre que vendía cuchillos y gorros de cocinero. En Navidad se compadecían de nosotras y nos regalaban pastelitos con levadura que parecían cúpulas, hechos con mantequilla y aromatizados con limón, o tartas de fresa color escarlata sobre un lecho de crema, o dulces de mazapán en forma de frutas.

¿Era el tío Joe un padre para mí? Lo cierto es que nos teníamos mutuamente calados, y él me consideraba la niña con la que tenía que llevarse bien si quería estar con la madre, y yo le consideraba alguien a quien manipular en provecho propio, pues Dios sabe que mi madre era incapaz de manipular a nadie. Siempre supe que mi madre y yo éramos menos importantes para él que su verdadera familia; que ha-

bía otras hijas, concretamente cuatro, mimadas y consentidas, a las que el tío Joe cubría de más lujos que a nosotras, unos lujos que ellas daban por sentado y que yo tenía que ingeniármelas para conseguirlos. Constituían la familia que exhibía en público, las personas con las que acudía a la sinagoga, las que presentaba a sus socios de negocios. Y cuando el tío Joe murió, fueron las personas a las que los asistentes al funeral estrecharon las manos y dijeron lo que solía decirse en esas ocasiones: «Larga vida».

Nosotras éramos la familia en la sombra, como si no existiésemos. A veces, cuando caminaba por la calle, tenía la sensación de ser invisible, de que la gente habría podido pasar su mano a través de mi cuerpo. Y deseaba que me vieran. En mi fuero interno gritaba: «¡Miradme, prestadme atención!»

Pero reconozco que Joe era leal a mi madre. Murmuraban entre sí en yiddish, la lengua que utilizaban en privado. Supongo que el tío Joe la amaba. Cuando mi madre le pedía algo (cosa que no hacía con frecuencia), él siempre se lo concedía, sacando rápidamente su talonario. Pagaba la matrícula del colegio privado donde obtuve una educación que me preparó para un futuro muy superior a la situación en la vida que me correspondía. Lo hizo porque era judío y creía en lo mejor, lo mejor que podía adquirirse con dinero. Estaba convencido de que una buena educación nunca era un despilfarro. Era algo que nadie podía arrebatarte.

—Un gran hombre dijo en cierta ocasión... —el tío Joe era un devoto admirador de los grandes hombres— que si aprendes un poema de memoria y te encierran en prisión, siempre tendrás ese poema.

Decidí esforzarme en aprender a recitar de memoria, como un papagayo, pasajes de Wordsworth, Tennyson y Browning. Siempre las obras narrativas. «¿Qué es un poema que es incapaz de relatar una historia?», preguntaba tío Joe.

De modo que sí, era un buen hombre, un *mensch*, pero eso no impedía que me preocupara el hecho de que mi madre iba envejeciendo, pese a su habilidad con los cosméticos, y que pensara —demasiado madura para mi edad, con la sabiduría precoz de una cortesana que no me correspondía— que antes o después el tío Joe le retiraría sus favores sexuales y económicos y mi madre y yo nos quedaríamos desamparadas, teniendo que empezar de cero.

Entretanto, trataba de comprender quién era yo exactamente. En última instancia, lo único con que contaba para conocerme a mí misma era un fragmento de algo, y quería averiguar en qué consistía la parte principal de la que éste se había desprendido.

Resultó que el fragmento formaba parte de una historia, que yo formaba parte de una grandiosa narración que había comenzado antes de que yo naciera. ¿Quién era yo? Una judía. ¿Cómo lo sabía? Por las historias que me habían contado sobre Polonia y Letonia, y sobre los tiempos en los que vivíamos cuando el antisemitismo era un lobo que rondaba por el mundo.

Y porque vivíamos en el Soho.

Es posible que en otro lugar mi madre y yo nos hubiéramos visto obligadas a ocultar nuestras identidades. Quizás habríamos procurado no llamar la atención, una madre soltera y su hija, pero en el Soho eso no tenía importancia. Nadie hacía preguntas. Entre las calles alrededor de Shaftesbury Avenue y Charing Cross Road era aceptable ser diferente, era normal. Todos éramos de una minoría étnica, oriundos de otro lugar. Todos tenían sus iglesias y clubes sociales, pequeñas colonias en las que preservaban las costumbres del lugar del que provenían, al igual que mi madre y yo teníamos la sinagoga en Dean Street a la que asistíamos tres veces al año, en los días festivos y de celebración más importantes.

Inclinábamos la cabeza sobre nuestros devocionarios entre un grupo de feligreses compuesto por comerciantes y tenderos, actores y empresarios teatrales.

Creí en un mundo de calles de ambiente nocturno, de hombres que esperaban junto a la puerta del teatro para cortejar a la actriz de sus sueños, ardientes o desesperanzados, sosteniendo unos ramos de flores; de menudas bailarinas de ballet del Sadler's Wells, que cuando se quitaban sus tutús y se enfundaban sus impermeables de gabardina parecían pajarrillos marrones, y que calentaban sus delgadas manos sobre tazas de té; de hombres destruidos por la Primera Guerra Mundial que tocaban la armónica en el Strand; de las llamas ambarinas y rojas de los braseros sobre los que los vendedores asaban castañas en las esquinas de las calles; de los escaparates iluminados de Fortnum and Mason, en los que en cierta ocasión vi expuesto un carruaje de cuento de hadas tirado por caballos de yeso plateados y con la Cenicienta en su interior; de los letreros luminosos de Piccadilly Circus y el Eros de bronce con su arco y su flecha.

Éste era mi hogar, pero siempre supe que era una niña judía que se había criado en un país cristiano. Que se despertaba, cada domingo por la mañana, con el sonido de las campanas que repicaban a través de toda la Inglaterra cristiana, y cuando las oía no me llamaban para ir a venerar a Dios. Después de las campanas, silencio. Las tiendas estaban cerradas, los comerciantes de Berwick Street no montaban sus puestos ni barrían las hojas de col, los teatros estaban a oscuras, los pubs cerrados. Si tomabas un autobús para ir a las zonas residenciales, sólo percibías el monótono olor a cocido que se filtraba por las rendijas debajo de las puertas cerradas de las casas. Los domingos la vida se detenía. Inglaterra se convertía en un depósito de cadáveres. Fuera veías algunos cadáveres andantes por las ca-

lles. Nunca comprendí por qué ocurría eso en Inglaterra, por qué los domingos se detenía el torrente sanguíneo que corría por sus venas, y los lunes por la mañana volvía a fluir. ¿Para descansar? ¿Por qué? ¡Uno descansaba por las noches, en la cama!

Yo era una niña judía en un país donde, a diferencia de Estados Unidos, no podía hacer ninguna aportación a la creación de la identidad nacional. Ya estaba forjada desde hacía siglos.

Yo tenía ocho años, y ya era un ejemplar exótico. Los ingleses ofrecían a sus perros una comida más apetitosa que la que comían ellos mismos. Me fascinaban. ¡Ellos sí que eran exóticos!

Yo era una niña de cara redonda, testaruda, con el pelo oscuro, los labios demasiado rojos y los ojos demasiado negros. Con los años me convertí en una joven observadora que se contemplaba en el espejo y pensaba que tenía el cuello demasiado corto y un pelo con el que se veía obligada a pelear y a rizar utilizando unos productos químicos muy potentes. Era muy discutidora, pero mi madre me advirtió desde muy joven que los hombres no lo consideraban un rasgo atractivo en las mujeres, de modo que aprendí de ella a morderme la lengua y a esforzarme en cultivar una imagen atrayente y un estilo femenino.

Cuando los clientes se quejaban de los precios de sus mejores puros, Joe siempre decía: «Caballero, sólo hay una cosa peor que no tener nada, y es tener aspecto de no tener nada. Si se sienta a una mesa en un restaurante, enciende uno de estos puros y pide un vaso de agua, lo interpretarán como el capricho de un hombre rico. Si enciende un Woodbine, lo echarán con cajas destempladas».

Demuéstrales que estás en la cima del mundo, aunque no sea así. ¿Qué tienes que perder?

«Lo barato sale caro», era otra máxima de Joe. Y «sólo los ricos pueden permitirse el lujo de adquirir zapatos baratos».

Todas estas lecciones contribuyeron a que me convirtiera en judía.